

SENTENCIA DEL TRIBUNAL DE LA ROTA DE LA NUNCIATURA APOSTOLICA EN ESPAÑA, DE 30-VI-82

Ante el Ilmo. y Rvdo. Mons. GIL DE LAS HERAS, Ponente.

De B., Nulidad de matrimonio «T.-J.».

SENTENCIA DEFINITIVA

EN EL NOMBRE DE DIOS.—Amén.

Gobernando felizmente la Iglesia Católica, Su Santidad, el Papa Juan Pablo II, en el Año Cuarto de Su Pontificado, siendo Nuncio Apostólico en España el Excmo. y Rvdo. Mons. D. Antonio Innocenti, el día 30 de junio de 1982, en la Sala de Justicia de N. S. Tribunal, los Ilmos. y Rvdos. Mons. D. Feliciano Gil de las Heras, Ponente, y D. Santiago Panizo Orallo, y D. Francisco Cornejo Pérez, Auditores de Turno, en la Causa de B., de nulidad de matrimonio entre los esposos: doña M. T. V., esposa actora y apelada, y don A. J. V., esposo demandado y apelado, sometidos ambos a la justicia del Tribunal: habiendo intervenido el Ilmo y Rvdos. Mons. D. Pedro Alvarez Soler, Defensor del Vínculo en N. S. Tribunal, pronunciaron, en segundo grado de jurisdicción, la siguiente sentencia definitiva:

I.—ANTECEDENTES

1. Doña M. T. V. contrajo matrimonio canónico con don A. J. V. el 14 de septiembre de 1956. Han tenido un hijo que tiene actualmente 14 años.

La esposa, aun cuando el noviazgo había durado tres años, no estaba muy dis-

puesta a casarse con el Sr. T., sobre todo, por los celos que tenía sobre ella, pero ante las insistencias de sus padres, la aversión que ella podía tener al matrimonio, fue superada por aquéllas.

Ante la vida irregular del esposo, doña M. presentó demanda de separación conyugal el 21 de noviembre de 1968. El Tribunal de B. se la concedió en fecha de 25 de noviembre de 1970.

El 28 de abril de 1976 el esposo presentó demanda de nulidad de su matrimonio por falta de libertad interna en ambos contrayentes. El Tribunal de B. no admitió esta demanda. Posteriormente, el 5 de septiembre de 1977, la esposa presentó demanda de nulidad de su matrimonio por error en las cualidades que redundan en la persona y por falta de libertad interna, ambas causas dadas en la esposa. El Tribunal de B. dictó sentencia el 23 de mayo de 1980 declarando que consta la nulidad del matrimonio por falta de libertad interna, pero no consta por el primer capítulo alegado.

Contra la sentencia apeló el Defensor del vínculo. El demandado admitió como verdaderos los hechos de la demanda y así prestó su declaración. El 20 de mayo de 1981 decretábamos que no procedía ratificar la sentencia de B. sino enviarla a curso ordinario hasta la sentencia definitiva. La fórmula de dudas se concretó en los términos siguientes: «SI SE HA DE CONFIRMAR O REFORMAR LA SENTENCIA DEL TRIBUNAL DE B., DE 23 DE MAYO DE 1980, ES DECIR, SI CONSTA LA NULIDAD DE ESTE MATRIMONIO POR

FALTA DE LIBERTAD INTERNA EN LA ES- POSA, EN CUANTO PENDE DE APELA- CION».

Se tuvo a las dos partes como sometidas a la justicia del Tribunal. El Ilmo. Sr. Defensor del vínculo presentó su escrito de Animadversiones el 14 de junio de 1982. Ahora los Auditores de Turno hemos de pronunciarnos sobre de la fórmula de dudas concordada.

II.—PRINCIPIOS JURIDICOS

2. La falta de libertad Interna que invalida el matrimonio.

Es el mismo derecho natural quien exige que el consentimiento matrimonial de los contrayentes, que produce el matrimonio (cn. 1.081) sea un acto humano, es decir, un acto libre y consciente de modo que el contrayente haya sido dueño de ese acto que ha puesto. Un consentimiento dado sin esta libertad resulta inválido.

Llevando consigo el matrimonio obligaciones tan graves, como son la indisolubilidad del mismo, la fidelidad, el derecho mutuo al cuerpo, el derecho a la comunidad de vida, el mismo derecho natural exige que esa libertad no sea gravemente disminuida, es decir, se exige que sea salvada en la proporcionalidad que implican las graves obligaciones que lleva consigo el matrimonio.

Un modo de ser lesionada la libertad es la coacción externa produciendo un miedo grave en el contrayente que, por ser injusto, el Legislador eclesiástico, apoyado en el derecho natural, hace que invalide el matrimonio (cn. 1.087). Cuando ese miedo se la ha producido el mismo contrayente a sí mismo sin que haya sido originado por causa alguna externa, no se ha dado la injusticia y el Legislador no ha decretado que en este caso el consentimiento matrimonial resulta inválido. Estamos ante el miedo «ab intrínseco» que la Jurisprudencia permanentemente lo ha considerado no invalidante.

Otro modo de ser viciada gravemente la libertad se da cuando el contrayente tiene internamente una causa que le impide determinarse libremente. Esto suele suceder porque tiene o padece alguna anomalía psíquica o perturbación mental grave, permanente o transitoria. La Jurisprudencia así lo ha entendido siempre: «Ni la antigua, ni la reciente, ni la actual Jurisprudencia rotal jamás ignoró la doctrina de

la falta de libertad interna necesaria para poner el consentimiento matrimonial válido. Pero, como interna que es la libertad, solamente puede ser quebrantada por causas internas. Cuando la libertad es impugnada «ab extrínseco» o por fuerza de hombre, entonces el derecho y la ley reconocieron la existencia del miedo» (SRRD., 64 (1972), pág. 738, n. 7 c. EWERS). Y la sentencia rotal reprende que en Primera Instancia se fallase la nulidad del matrimonio por «perturbación psicológica» y no por causa de miedo cuando los mismos Jueces reconocieron que la contrayente había sufrido el influjo de la causa externa. «No hay motivos, dice la sentencia rotal, para no tratar la causa por el capítulo del miedo» (pág. 739). La sentencia rotal decretó que consta la nulidad del matrimonio por causa de miedo grave y no por «perturbación psicológica», otros, con parecida inexactitud, hubieran dicho por falta de libertad interna. Pero no dejó de reprochar que los Jueces de Primera Instancia y los de apelación, que ratificaron aquella, acudiesen «a la artificiosa construcción de un capítulo obscuro de 'perturbación psicológica' cuando en el caso concreto procede declarar la nulidad pero se ha de entender y definir en modo totalmente distinto» (pág. 738).

Reconociendo la sentencia rotal que, en el caso concreto, se había dado alguna «perturbación psicológica en la actora, que apenas tenía 20 años, ante la propuesta repentina de la boda, que ella no quería, siendo tímida, sin padre y sin el auxilio de su madre y hermanos», no falló por la falta de libertad interna ni por «perturbación psicológica». Y la razón estaba en que todo fue debido a una causa externa, la cual no le quitó totalmente el poder emitir un consentimiento; bajo el influjo del miedo, no dejó de ser dueña de sus actos. Para haber fallado por «perturbación psicológica» (o por falta de libertad interna) hubiera sido necesario que la perturbación mental hubiese sido tal que la hubiese quitado totalmente el consentimiento (pág. 741, n. 11).

No es infrecuente, en nuestros tiempos, que por Tribunales inferiores se fallen nulidades de matrimonio allí donde no se ha podido demostrar que el influjo de los padres sobre el contrayente haya sido grave. Al no poder demostrar esta causa grave que invalida el matrimonio, acuden al capítulo de falta de libertad interna utilizando aquellos hechos que no sirvieron para demostrar el miedo grave. No

cabe duda que es inventar un capítulo nuevo de nulidad que, aunque se llame «falta de libertad interna», no lo es. Los Papas vienen llamando la atención sobre los peligros que existen actualmente de apartarse de la «constante Jurisprudencia rotal» (Discurso del Papa a la Rota Romana, de 24 de febrero de 1981; Discurso de 28 de enero de 1978).

Otro artificio para acudir a la falta de libertad interna se da cuando el influjo o miedo que ha podido sufrir el contrayente ha sido producido «ab intrinseco». Como la doctrina y la Jurisprudencia son clarísimas, así como la ley, afirmando que en estos casos no se da la nulidad de matrimonio, se acude al mencionado de «falta de libertad interna». Se trata de una invención de capítulo nuevo, como en el caso anterior porque la Jurisprudencia nunca entendió esto por falta de libertad interna que invalida el matrimonio.

3.—El miedo que invalida el matrimonio.

El canon 1.087 describe de modo claro cuando se dan estas condiciones invalidantes que son: la gravedad del miedo, la injusticia, la inevitabilidad y la producción «ab extrinseco».

La prueba se fundamenta en demostrar la aversión y la coacción. Esta puede darse cuando los padres insisten en súplicas continuas e inoportunas para vencer la aversión del contrayente y éste teme un mal para sí offendiendo a sus padres por no aceptar el matrimonio.

Cuando los padres se han limitado a exponer objetivamente lo que ellos han creído que era lo mejor para su hija y ésta ha quedado convencida de que así es, no ha habido coacción alguna, ha desaparecido la aversión que pudo existir anteriormente, tampoco se ha cometido injusticia. Si no se demuestra la aversión, no se comprende la coacción ni el miedo.

Es sabido que, según la Jurisprudencia, aquel que contrae el matrimonio «morem parentibus gerens» contrae matrimonio válido porque «no obra por miedo quien, movido por piedad o reverencia, presta un obsequio a los padres y «eorum morem gerit» (SRRD., 57 (1965), pág. 316, n. 4 c. Palazzini; 58 (1966), pág. 956, n. 8 c. Lefebvre). Pero no se puede decir que ha obrado «morem parentibus gerens» aquel que no inmediatamente sino después de larga resistencia superada por inoportunas súplicas o por otros medios más fuertes, acepta el matrimonio querido por

los padres (SRRD., 32 (1940), págs. 400-401, n. 3 c. Wynen; 62 (1970), pág. 806, n. 4 c. Anne).

III.—LAS PRUEBAS

5.—No se demuestra en autos que la esposa fuese al matrimonio afecta de falta de libertad interna.

Ninguna causa interna aparece en autos que impidiese a la esposa dar su consentimiento libre. No se menciona otra fuera de las intervenciones de los padres y familiares *convenciéndola* de que la convenía casarse con A. Pero tampoco se demuestra que estas intervenciones llegaran a quitarle la libertad de modo que no fuese dueña de sus actos, o no supiese lo que hacía. Con todo, expondremos los hechos de modo que apreciemos el influjo de los padres y familiares en la esposa. A la vez veremos si los hechos son suficientes para demostrar que el matrimonio se contrajo por miedo.

6.—La coacción sufrida por la esposa.

No hemos de olvidar que la esposa declaró en el proceso que se inició a instancia del esposo en el año 1976: «Yo me casé libremente. No me obligó nadie a la boda. Solamente me convencieron de que no rompiera por los celos de A.» (fol. 23/4). En comparecencia ante el Tribunal en el proceso iniciado por ella, quiso arreglar esta declaración diciendo que «quise decir que no estaba yo en estado ni había una obligación por la que se me impusiera la boda. Lo que sucedió es que en mi casa me influyeron de todas formas para que no rompiera las relaciones con A.» (fol. 19).

Pero, según la misma declaración de la esposa, esos influjos de los padres no fueron coacciones ya que «en mi casa me convencieron y continuamos las relaciones y, como teníamos todo preparado, hicimos los cursillos prematrimoniales y nos casamos. Y todo fue normal» (folio 23/3 del primer proceso). Si la convencieron, no se excedieron los padres, le expusieron lo que pensaron que era mejor para ella.

Y no hubo realmente aversión cuando ella misma ha declarado: «Yo me casé porque le quería. Pero ante sus celos dudé de la futura felicidad del hogar y estaba dispuesta a romper aquellas relaciones y, sin duda hubiera sido así de no interve-

nir mis padres y *convencerme* de que era buen chico y que los celos eran una demostración de que él también me quería» (fol. 23v/7 del primer proceso). No es consecuente la esposa cuando en el proceso de la causa presentada por ella dice que «no estaba enamorada de él» (fol. 9). Y, aun cuando se llegara a la ruptura de relaciones y devolución de regalos, según la actora (fol. 80/5), ante lo que dijeron los padres del demandado la convencieron y por pena para con A. «cedí al matrimonio» (fol. 9 y 80/5). Si cedió por pena, no fue coaccionada ni se cometió injusticia.

Ante esta exposición hecha por la misma esposa en la que no aparece ni aversión ni coacción, resulta de poca utilidad seguir con la prueba. Con todo, lo haremos con la mayor brevedad.

b) El esposo, en la causa, cuya demanda él presentó declara: «Mi novia era tan reservada que nunca tocó el tema de no querer casarse conmigo. Ella no manifestó nada al respecto» (fol. 18v/6 del primer proceso). El mismo demandado refiere que después de la ruptura del noviazgo, le propuso el matrimonio en serio y ella «me dijo que sí, que no tenía inconveniente». «Y a los dos meses nos casamos» (fol. 18v/7). No es sincero en la declaración que hace en este segundo proceso cuando afirma sobre coacciones (fol. 84-86). Por otra parte, el esposo merece muy poca credibilidad cuando se atrevió a presentar demanda de nulidad de su matrimonio por falta de libertad interna en él apareciendo en autos cómo estaba enamorado de su novia y no hubo coacción alguna ni causa interna que le predetermina al matrimonio.

c) *La prueba testifical*: Es fundamental la declaración de la madre. De su declaración no se deduce ni la aversión de la actora ni la coacción por parte de los familiares: «Mi esposo y yo entonces aconsejamos mucho a M. para que reanudase sus relaciones con A.; ella no quería pues nos decía que no se entendían... nosotros insistíamos mucho, pues pensábamos que era un bien para ella... yo le hacía ver que llegaría a amar a A.... mis hijos también insistieron a M. en que se casase con A., le decían que tenía una tienda, un porvenir...» (fol. 11/2,3). En la segunda declaración dice que «amenazas no hubo pero sí insistimos a M. en que resolviera por casarse» (fol. 96/10). Por otra parte, no tendría aversión cuando ella «pasaba los sábados en la tienda ayudando a A.»

(fol. 96/11). Y no fueron coacciones sus consejos insistentes pues «ella llegó a creer que era cierto lo que yo decía que con el tiempo llegaría a estimar a A.» (fol. 96/15). Según declaración de la misma testigo, los familiares no hicieron más que aconsejarla: «M. se confiaba mucho en su cuñado médico y éste la aconsejó mucho para que decidiera casarse» (fol. 97/16). Los demás testigos o repiten los consejos, como la testigo anterior (fols. 101/11,13; 102/26) o hablan de amenazas con lo cual ya pierden credibilidad (fols. 106/9,12; 107/16) o deducen las presiones por el interés que tenían los padres en esta boda (fol. 115/17).

Es claro que no se demuestra ni la aversión de la esposa ni la coacción sufrida.

7.—*Las circunstancias.*

Admitimos como demostrado que hubo rupturas en el noviazgo pero también está demostrado que fueron superadas ante los consejos de los padres y estar ella enamorada de A., como ella misma confiesa.

La boda resultó normal según afirman las partes y los testigos (fols. 12/6; 81/25; 13/6 y 97/26; 102/25; 103/33; 107/25; 116/25). Hubo viaje de novios también normal (fols. 81/27; 98/33). El fracaso del matrimonio vino por la conducta libre del esposo, como confiesa la misma actora (fol. 81/28) y se demuestra con mayor claridad en la causa de separación conyugal concedida a la esposa, cuyos autos se han adjuntado a este proceso. Este hecho es indiciario de que la esposa no contrajo matrimonio por miedo.

Conclusión: Por todo ello, aparece claro que la esposa no fue al matrimonio coaccionada, sencillamente siguió los consejos de sus padres. Y, si estos consejos no llegaron a ser nunca coacción injusta, ¿cómo pudieron llegar a quitarle la libertad de modo que no supiera lo que hiciese y le disminuyesen la libertad tan gravemente que no hubiese proporción entre su libertad y las obligaciones del matrimonio?

8.—*Las Alegaciones de la esposa.*

Es correcta la doctrina que se cita de la Jurisprudencia rotal pero nótese que allí se dice que la falta de libertad interna debe llegar a quitar al contrayente el dominio de sus actos hasta el punto de que

el consentimiento matrimonial ya no sea acto humano. Esto, que puede el Juez apreciarlo cuando es debido a causas externas de violencia, necesitará la ayuda de peritos cuando se debe a anomalías psíquicas o perturbaciones mentales graves. Los consejos que recibió la esposa, si no llegaron a ser ni siquiera coacción, ¿cómo le iban a quitar el dominio de modo que su consentimiento no fuese un acto humano? Y, si fueron coacción, el camino jurídico para declarar la nulidad hubiera sido el miedo grave. Estas mismas observaciones haríamos con relación a la sentencia apelada. El camino seguido no encuentra fundamento ni en la ley, ni en la doctrina, ni en la Jurisprudencia rotal.

IV.—PARTE DISPOSITIVA.

9.—En mérito a las razones expuestas, tanto jurídicas como fácticas, los infras-

critos Auditores de Turno, constituidos en Tribunal, puesta la mira en Dios, invocando el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, sin otro interés que el de hacer justicia con la mayor equidad, fallamos y en Segunda Instancia definitivamente sentenciamos respondiendo así a la fórmula de dudas: NEGATIVAMENTE a la primera parte y AFIRMATIVAMENTE a la segunda, es decir, reformamos la sentencia del Tribunal de B. de 23 de mayo de 1980 y, en consecuencia, declaramos que no consta la nulidad de este matrimonio, celebrado entre doña M. T. V. y don A. J. V., por falta de libertad interna en la esposa.

Los gastos de esta Instancia correrán a cargo de la esposa.

Así lo pronunciamos en ésta nuestra sentencia definitiva cuya ejecución mandamos a quienes corresponda, salvo los derechos de apelación.

Madrid, 30 de junio de 1982.